

Elecciones en Nuevo León

Pacíficas, limpias y veloces

miguel ángel granados chapa

Lunes

El miércoles pasado, al asumir la gubernatura de Nuevo León --es decir, al cumplir el destino que le fue manifiesto desde que su amigo el ahora Presidente Salinas obtuvo la candidatura presidencial priísta, en octubre de 1987-- Sócrates Rizzo dijo que su elección, ocurrida el 7 de julio, fue la más pacífica y limpia de la historia nuevoleonesa. Olvidó precisar que fue también la más veloz.

Jorge G. Castañeda formó parte del grupo de observadores nacionales que, organizados por el Acuerdo Nacional para la Democracia, Acude, presenciaron los comicios de Nuevo León. Emitieron un dictamen que favoreció la idea de que la jornada electoral había sido sólo afectada por irregularidades menores. El fraude parecía haber quedado atrás. Una semana después, sin embargo, el analista y académico se enfrentó a las cifras oficiales de la elección, y cayó en la cuenta de que a todos, contendientes, votantes y observadores, se les había dado gato por liebre. Aunque todavía no le ha sido posible precisar cómo se realizó la operación, no le cabe duda de que allí se produjo una gran manipulación del voto, quizá no sólo en beneficio del PRI, pero de una magnitud abrumadora.

Se basó en una simple operación aritmética, que le fue sugerida por la gran cantidad de sufragios depositada el 7 de julio. Estos sumaron casi un millón: 935,567 exactamente. Por supuesto, se trata de la cifra mayor/que ha acudido nunca a una jornada de ese género. Ni siquiera la del 6 de julio de 1988 atrajo a tantas personas, pues apenas votaron unas setecientas mil entonces. Pero ocurre que sólo se instalaron 2,100 casillas, por lo cual resulta que en promedio correspondió a cada una de ellas un total de 445 personas. Las mesas electorales tuvieron obligación de permanecer abiertas durante diez horas, de las ocho a las dieciocho. De acuerdo con la ley, debieron seguir funcionando si a sus puertas había aún ciudadanos en espera de votar, y hasta que la fila se acabara. No parece haber sido ese ^{un} caso frecuente. Por lo menos no se hizo

constar así en la información periodística, y los observadores nacionales no se percataron de que ese fenómeno se produjera de modo significativo. Luego debieron entonces, en promedio ~~de~~ votar 44 personas por hora, lo que significa que cada sufragante cumplió su obligación cívica en un minuto y veinte segundos. Es un tiempo muy corto. Al entrar en la casilla, el votante ha de mostrar su credencial de elector y otra identificación. Los escrutadores buscan el nombre, luego de verificar la autenticidad de los documentos mostrados, en la lista nominal y entonces el ciudadano recibe las boletas para sufragar, dos en el caso de Nuevo León, pues se trataba de ~~elegir~~ elegir gobernador y diputados locales. El sufragante se retira a las mamparas, cruza cada una de las dos boletas, las deposita en las urnas, vuelve a la mesa, su dedo es entintando y recoge los documentos que lo acreditan como ciudadano. En condiciones óptimas, es decir sin dificultad para cada uno de los pasos, eso no puede hacerse en menos de dos minutos y medio. Pero en Nuevo León ocurrió en la mitad de ese lapso, de manera continuada y constante.

De allí que Castañeda concluya: "Se trata de un ritmo insostenible en teoría y totalmente inverosímil para quienes observamos las elecciones del 7 de julio" (Proceso, 22 de julio).

XX Las cifras mencionadas son el promedio estatal. Pero hay distritos en que el movimiento de los votantes debe haber asemejado a las películas de Chaplín, en que todo transcurre con gran celeridad. Según cálculos de Carlos Ramírez, columnista de El Financiero, en dos distritos, el XIII y XVIII, los ciudadanos emplearon menos de un minuto para votar.

Hasta contamos sólo con esa evidencia extraña, que nadie puede explicar. Sería aventurado imaginar cómo se colaron votos de más en los resultados, pero lo cierto es eso: que hay más sufragios en las cifras oficiales de los que pudieron materialmente depositarse en las urnas. Salvo que se trate de un prodigio o de un milagro, generado por algún poder divino, satisfecho por las impetaciones del nuevo gobernador, tenemos que conjeturar, como en Hamlet, que algo está podrido en Dianamarca.

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Elecciones en Nuevo León Pacíficas, limpias y veloces

El miércoles pasado, al asumir la gubernatura de Nuevo León —es decir al cumplir el destino que le fue manifiesto desde que su amigo el ahora presidente Salinas obtuvo la candidatura presidencial priísta, en octubre de 1987—, Sócrates Rizzo dijo que su elec-

ción, ocurrida el 7 de julio, fue la más pacífica y limpia de la historia nuevoleonense. Olvidó precisar que fue también la más veloz.

Jorge G. Castañeda formó parte del grupo de observadores nacionales que, organizados por el Acuerdo Nacional para la Democracia (Acude), presenciaron los comicios de Nuevo León. Emitieron un dictamen que favoreció la idea de que la jornada electoral había sido sólo afectada por irregularidades menores. El fraude parecía haber quedado atrás. Una semana después, sin embargo, el analista y académico se enfrentó a las cifras oficiales de la elección, y cayó en la cuenta de que a todos, contendientes, votantes y observadores, se les había dado gato por liebre. Aunque todavía no le ha sido posible precisar cómo se realizó la operación, no le cabe duda de que allí se produjo una gran manipulación del voto, quizá no sólo en beneficio del PRI, pero de una magnitud abrumadora.

Se basó en una simple operación aritmética, que le fue sugerida por la gran cantidad de sufragios depositada el 7 de julio. Estos sumaron casi un millón 935,567 exactamente. Por supuesto, se trata de la cifra mayor de electores que ha acudido nunca a una jornada de ese género. Ni siquiera la del 6 de julio de 1988 atrajo a tantas personas, pues apenas votaron unas setecientas mil entonces. Pero ocurre que sólo se instalaron 2,100 casillas, por lo cual resulta que en promedio correspondió a cada una de ellas un total de 445 personas. Las mesas electorales tuvieron obligación de permanecer abiertas durante diez horas, de las ocho a las dieciocho. De acuerdo con la ley, debieron seguir funcionando si a sus puertas había aún ciudadanos en espera de votar, y hasta que la fila se acabara. No parece haber sido ese un caso frecuente. Por lo menos no se hizo constar así en la información periodística y los observadores nacionales se percataron de que ese fenómeno se produjera de modo significativo. Luego entonces, en prome-

dio debieron votar 44 personas por hora, lo que significa que cada sufragante cumplió su obligación cívica en un minuto y veinte segundos. Es un tiempo muy corto. Al entrar en la casilla, el votante ha de mostrar su credencial de elector y otra identificación. Los escrutadores buscan el nombre, luego de verificar la autenticidad de los documentos mostrados, en la lista nominal y entonces el ciudadano recibe las boletas para sufragar, dos en el caso de Nuevo León, pues se trataba de elegir gobernador y diputados locales. El sufragante se retira a las máquinas, cruza cada una de las dos boletas, las deposita en las urnas, vuelve a la mesa, su dedo es entintado y recoge los documentos que lo acreditan como ciudadano. En condiciones óptimas, es decir sin dificultad para cada uno de los pasos, eso no puede hacerse en menos de dos minutos y medio. Pero en Nuevo León ocurrió en la mitad de ese lapso, de manera continuada y constante.

De allí que Castañeda concluya: "Se trata de un ritmo insostenible en teoría y

totalmente inverosímil para quienes observamos las elecciones del 7 de julio" (*Proceso*, 22 de julio).

Las cifras mencionadas son el promedio estatal. Pero hay distritos en que el movimiento de los votantes debe haber asemejado a las películas de Chaplin, en que todo transcurre con gran celeridad. Según cálculos de Carlos Ramírez, columnista de *El Financiero*, en dos distritos, el XIII y XVIII, los ciudadanos emplearon menos de un minuto para votar.

Hasta contamos sólo con esa evidencia extraña, que nadie puede explicar. Sería aventurado imaginar cómo se colaron votos de más en los resultados, pero lo cierto es eso: que hay más sufragios en las cifras oficiales de los que pudieron materialmente depositarse en las urnas. Salvo que se trate de un prodigio o de un milagro, generado por algún poder divino, satisfecho por las interpretaciones del nuevo gobernador, tenemos que conjeturar, como en *Hamlet*, que algo está podrido en Dinamarca.